

CAPITULO VEINTICINCO

Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos a los refranes que entillas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétese en espolear a tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa. Y entiendo con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

- Señor - respondió Sancho -, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando a un loco, el cual, después de hallado, quizá te vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, si no de la cabeza de vuestra merced y de mis casti'llas, acabándomelas de rempear de todo punto?

- Calla, te digo otra vez, Sancho - dijo don Quijote -, porque te hago saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hablar al loco, cuento el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descuberto de la tierra; y será tal, que he de echar con el d'el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero.

- ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? - preguntó

(2)

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Sancho panza.

- No - respondió el de la triste figura -, puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

- ¿En mi diligencia? - dijo Sancho.

- Sí - dijo don Quijote -, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijera que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas, y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio.

CAPÍTULO VEINTICINCO

en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintáandolo ni descubriéndolo como ellas fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes. De esta misma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero andante mostro su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdenado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que me es a mí más fácil imitarle en esto que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, jracasar armadas y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para

CAPÍTULO VEINTICINCO

semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus que-  
jas.

- En efecto - dijo Sancho -, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

- ¿Ya no te he dicho - respondió don Quijote - que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura?

Y, puesto que yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando (que tales estos tres nombres tenía), parte por parte, en todas las locuras que hizo, dije y pensé, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren más esenciales. Y podrá ser que viniese a contentarme con sola la imitación de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimiento, alcanzó tanta fama como el que más.

- Páreceme a mí - dijo Sancho - que los caballeros

CAPÍTULO VEINTICINCO

que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced dí que causa tiene para volverse loco? dí que dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

- Ahí está el punto - respondió don Quijote - y esa es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el torgé está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto dí que hiciera en mojado? Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso, que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, aturdo, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi saudez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras y, si en-

6

CAPÍTULO VEINTICINCO

dolo, no sentiré nada. Así que de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple?

A lo cual respondió Sancho:

—Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamáremos. Porque quien oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este terror en más de cuatro días, ¿Qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe tener güero el juicio?

CAPÍTULO VEINTICINCO

La leacia yo la llevo en el costal, toda  
aleglada, y llevada para aderezarla en mi casa  
y hacermela lealda en ellas, si Dios me  
dare tanta gracia de algún día verme  
con mujer e hijos.

- Mira Sancho, por el mismo que de antes  
jurante te juro - dijo Don Quijote - que  
tienes el más corto entendimiento que  
tiene ni tuco escudero en el mundo.

¿Que es posible que en cuanto he que andas  
conmigo me has hecho de ver que  
todas las cosas de los calalleros andantes  
parecen quimeras, nequedades y deratimos,  
y que son todas hechas al Kees? y no  
porque sea ello así, sino porque andan  
entre nosotros siempre una caterva de  
Encantadores que todas nuestras cosas  
mudan y truecan, y los vuelven  
según su gusto y según tienen ganas  
de favorecernos o destruirnos; y así,  
eso que a ti te parece leacia de lealbero  
me parece a mí el yelmo de mambrino  
y a otro le parecerá otra cosa.  
y fue rara providencia del sabio que

(8)

CAPÍTULO VEINTICINCO

es de mi parte hacer que pareciera bacía a todos lo que real y verdaderamente es yelmo de mambrito y a otto le parecía, a causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármelo, pero como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de pto cutarle, como se mostró bien en el que quiso tomármelo y le dejó en el suelo sin llevarle que a fe si le conociera, que él le dejara. Guátale, conmigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nascí, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más a Roldán que a Amadís.

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña que casi como penón tajado estaba sola entre otras montañas que la rodeaban. Estaba por su falda un mano atajuelo, y hacíase por toda su redondez un plato tan verde y uicioso, que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí muchas árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Frote Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole comenzó a decir en voz alta, como si estuviera sin juicio:

—Éste es el lugar, ¡oh cielos! que di puto y escogí para



CAPÍTULO VEINTICINCO

llorar la desventura en que vosotros mismas me habeis  
 puesto. Éste es el sitio donde el humor de mis ojos  
 acrecentará las aguas de este pequeño arroyo, y mis  
 continuos y profundos suspiros moverán a la continua  
 las hojas de estos moliboraces árboles, en testimonio y  
 señal de la pena que mi ascendiendo corazón  
 padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seáis, rústicos  
 dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra  
 morada; oíd las quejas de este desdichado amante,  
 a quien una larga ausencia y unas imaginadas  
 celos han traído a lamentarse entre estas asperezas y  
 a quejarse de la dura condición de aquella ingrata  
 y bella, término y fin de toda humana hermosura!  
 ¡Oh vosotros, napeas y driades, que tenéis por costumbre  
 de habitar en las suspensas de los montes; así los ligeros  
 y la lascivos sátiros, de quien sois aunye en vna  
 amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que  
 me aydeis a lamentar mi desventura, o a lo menos  
 no os canséis de oírlo! ¡Oh Dukinea del Tobaso, diu  
 de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis  
 caminos, estrella de mi ventura: así el cielo te lo  
 dé buena en cuanto acertares a pedirte, que  
 consideres el lugar y el estado a que tu ausencia  
 me ha conducido y que con buen término correspondas

(10)

## CAPÍTULO VEINTIUNCO

al que a mi se se le debe! ¡Oh tú, solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía a mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no es desagrado mi presencia! ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites a la casa total de todo ello!

Y diciendo eso esto se apeó de Rocinante y en un momento le quitó el freno y la silla y, dándole una palmada en las ancas, le dijo:

-Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras euan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó a Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

-Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenlbardar al rucio, que a se que no saltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué, que a él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, cuando Dios quenta. ✓

CAPITULO VEINTICINCO

en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de nuestra merced va de veras, que será bien barnaz a ensillar a rinoce ronte, para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo a mi ida y vuelta; que si la hago a pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolución, soy mal caminante.

-Digo, Sancho -respondió don Quijote-, que sea como tú quisieras, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí a tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

-Pues ¿Qué más tengo de ver -dijo Sancho - que lo que he visto?

-¡Bien estás en el cuento! -Respondió don Quijote-. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las aromas y darime de calabazas por estas peñas, con otras cosas de este jaez, que te han de admirar.

- Por amor de Dios - dijo Sancho -, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazas, que a tal peña podrá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina de esta penitencia; y sería yo de parecer que, ya que a vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, digo, con dárselas en el agua agua, o en alguna cosa blanda, como algodón; y déjame a mí el cargo, que yo diré a mi señora que vuestra

## CAPÍTULO VEINTICINCO

merced se la daba en una punta de peña, más dura que la de un diamante.

-Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho -respondió don Quijote-, mas quierote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir a las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relapsos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir. Así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticado ni del fantástico. Y será necesario que me dejes algunas hierbas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

-Más fue perder el asno -respondió Sancho-, pues se perdieron en el buhío y todo. Y ruegale a vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oírle mentar se me revuelve el alma, no que el estómago. Y más le ruego: que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas a mi señora y escriba la carta y despáchame luego, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuestra merced de este purgatorio donde te dejó.

-Purgatorio te llamas, Sancho?- dijo Don Quijote- Mejor hubieras de llamarte infierno, y aún así peor, si hay otra cosa que lo sea.

-« Quien ha infierno - respondió Sancho - nunca es retencio », según he oído decir.

-No entiendo que quiera decir retencio - dijo Don Quijote.

-Retencio es - respondió Sancho - que quien está en el infierno nunca sale de él, ni puede. Lo cual será al revés en vuestra merced, o a mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi Señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necesidades y locuras, que todo es uno, que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más beanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcomogue; con cuya respuesta dulce y metizicada volveré por los aires como brujo

(14)

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Y sacaré a vuestra merced de este purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir de él, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

- Así es la verdad - dijo el de la triste figura -, pero ¿qué haremos para escribir la carta?

- Y la libranza pollinesca también - añadió Sancho.

- Todo irá inserto - dijo don Quijote -, y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles o en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria dónde será bien, y aún más que bien, escribirla, que es en el librito de la memoria que fue de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos o, si no, cualquier sacristán te la trasladará; y no se la des a trasladar a ningún sacristano, que hacen letra procesada, que no la entenderá satanás.

- Pues ¿qué ha de hacer la firma? - dijo Sancho.

- Nunca las cartas de Amadís se firman - respondió don Quijote.

- Está bien - respondió Sancho -, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán

CAPÍTULO VEINTICINCO

que la firma es falsa y quedarme sin pollinos.

- La libranza irá en el mismo librito firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplirla. Y en lo que toca la carta de amores, pondrás por firma: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y haná poco ~~que~~ ~~éase~~ que va ya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe leer ni escribir y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar. Y aún esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbré de estos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que de estas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con el que sus padres, Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales, la han criado.

- ¡Ta, ta! - digo Sancho - ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso,

## CAPÍTULO VEINTICINCO

llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

- Ésa es - dijo Sancho -, y es la que merece ser señora de todo el universo.

- Bien la conozco - dijo Sancho -, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dado, que es moza de chapa, hecha y derecha y de papel en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviese por señora! ¡Oh hidalgo, qué ojo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagalos suyos que andaban en un berbecho de su padre, y, aunque estaban de allí más de media legua, así la joven como si estuvieran al pie de la torre. Y a lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla y de todo hace mueca y dancine. Dhora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiada de bien, puesto que le lleve al diablo. Y quería ya verme en camino, sólo por vella, que ha muchos días